

# Iglesia y Familia

Mons. Javier Lozano Barragán

Obispo de Zacatecas (México)

En el Sínodo de obispos de 1980 sobre la familia, hubo una intervención un poco despistada. Alguien dijo que no sabía qué estaban haciendo allí los obispos tratando sobre la familia. En efecto, los obispos, decía, no son sociólogos, ni biólogos, ni psicólogos, ni economistas, ni politólogos, ni demógrafos; ni siquiera son padres de familia!; entonces, ¿con qué competencia van a hablar en este Sínodo? Por otra parte, si ya ha habido una expresión tan clara y casi unánime de los católicos en los medios de comunicación social sobre la posición del cristiano frente a los grandes problemas de la familia: la paternidad responsable, los anticonceptivos, la esterilización, el aborto, etc., ¿qué más tienen que decir los obispos? Este es un campo exclusivo del seglar, donde por derecho propio tiene que intervenir y no aceptar intromisiones.

La respuesta, que después consignará *Familiaris Consortio*, no se hizo esperar: es cierto que los obispos no somos expertos en las ciencias experimentales del hombre, y es entonces incongruente una reunión nuestra para, científicamente en este dominio, dictaminar sobre nuevos horizontes familiares, y es cierto también que nuestra reunión no es una reunión de padres de familia que intercambian sobre sus mutuos problemas; pero no es menos cierto que a los obispos con el Papa se les ha encomendado el depósito de la Revelación, y consecuentemente, es a ellos a quienes primariamente compete, y no a otros, presentar al mundo el evangelio sobre la familia, y decirle en esta situación concreta de finales del siglo XX cómo ve Dios hoy a la familia.

No se duda que las estadísticas tantas veces hablan de posiciones de cristianos frente a la paternidad responsable que parecieran establecer consensos problemáticos; sin embargo, tampoco cabe duda de que la opinión de la mayoría en la Iglesia no es siempre la representación del auténtico sentido de la fe del Pueblo de Dios, única sabiduría evangélica que verdaderamente nos da la recta perspectiva de la familia cristiana.

Pensar distintamente encuadra muy de lleno en la visión cultural cientista, tan extendida en el mundo actual. Las ciencias han avanzado muchísimo, es verdad, y de repente parecen querer enseñorearse de los criterios de la vida con exclusividad profunda, y desde sus posiciones dar el último juicio de la existencia. Es de todos conocido que las ciencias

y la técnica experimentales han abierto campos insospechados, son un don maravilloso que nunca nos cansaremos de agradecer a Dios nuestro Padre, de quien dimana todo conocer; pero al mismo tiempo debemos estar seguros de una cosa: las ciencias no son ni pueden ser quienes den la última razón de la vida. Las ciencias nos dicen cómo son las cosas, pero en lo profundo, no nos dicen qué sean. La Sabiduría, sí.

El Papa Juan Pablo II en *Familiaris Consortio* dice expresamente que lo que le falta al mundo actual es precisamente Sabiduría. Y que su Exhortación apostólica tratará de esta Sabiduría respecto al matrimonio y a la familia. Por tanto, sólo partiendo de la fe que es la sabiduría divina, es como se puede llegar a entrever la profundidad más iluminadora y más hermosa del matrimonio y de la familia (FC 4-8). Desde esta perspectiva es como obtendremos una visión maravillosa del matrimonio cristiano. Será una visión "misteriosa", pero no en el sentido de sólo incomprendible, sino en cuanto que nos deja atónitos, al experimentar cómo nuestro padre Dios ha decretado salvar a la pareja humana desde toda la eternidad envolviéndola con el amor del Espíritu en su entrega total a su Hijo, el Verbo de Dios (FC 11-13).

Para adentrarnos vitalmente en este misterio necesitamos hacerlo balbuceando y con todas nuestras limitaciones, desde el amor, y desde el Amor con mayúscula que es el Espíritu Santo. No se trata pues de un mero lugar común decir que el matrimonio es amor; sino de la puerta más real para ingresar al misterio.

El objetivo pues de esta ponencia es balbucear algo de esta Sabiduría divina escondida desde toda la eternidad en Dios y revelada en la plenitud de los tiempos en Cristo Jesús. Nuestros pasos serán los siguientes: Primero, Dios Amor, imagen profunda de la Familia; luego, Amor Familiar e Iglesia; y terminaremos hablando de la catolicidad y la especificidad familiar.

#### I. Dios Amor, Imagen Profunda de la Familia. Amor Familiar.

Para entrar a este misterio, como habíamos dicho, comencemos reflexionando sobre el humano, hombre y mujer, la pareja. Lo más hondo que podemos decir es que están hechos a imagen de Dios; que son imagen de Dios. Y Dios es Amor.

##### 1. Amor de Dios, Dios-Amor

La vida de Dios es el fundamento más profundo, es el modelo de acuerdo a como está hecha la pareja. Y Dios es Amor de la siguiente manera: Dios Padre desde toda la eternidad se conoce vertiéndose totalmente en su Hijo, y Dios Padre y Dios Hijo se aman totalmente en el Espíritu. Este amor en el Espíritu significa la entrega total del Padre al

Hijo, del Hijo al Padre, de ambos al Espíritu Santo, y del Espíritu al Padre y al Hijo; y este amor "espiritual", en el Espíritu, hace que el Padre sea El, infinitamente, para poder así entregarse infinitamente; y es lo que hace que el Hijo tenga también una personalidad infinitamente definida; si no, no pudiera entregarse infinitamente. Y el Espíritu de Amor, siendo infinita donación del Padre y del Hijo, para retornar en donación similar total al Padre y al Hijo, se afirma en su propia e infinita personalidad.

Este modelo misterioso que internamente finca la pareja humana no es meramente algo incomprensible, sino como decíamos anteriormente, es la máxima realidad que nos deja atónitos porque nos va a develar dimensiones insospechadas en la vida de la pareja.

## 2. *Amor total*

En primer lugar, la pareja debe señalarse en lo más profundo como amor total. Esta totalidad lleva muchas dimensiones; sobresalen tres: la primera lleva consigo la misma personalidad del par. Esta personalidad se funda en una identificación absoluta de los dos sujetos; y una distinción máxima bajo todos los puntos de vista. Pero esta identificación distinta máxima sólo se obtiene como resultado de una donación amorosa total. Es ese flujo "misterioso" y total de amor en la pareja. Es ese flujo de "ser" del hombre a la mujer y de la mujer al hombre que da personalidad a la pareja y la unifica plenamente en el amor sin que esto implique de ninguna manera uniformar a sus componentes.

Es un amor pleno en donación plena. La donación plena no puede ser como en Dios: en un solo acto, e infinita. Sino que tiene que ser en una múltiple variedad de actos que indefinidamente, cada vez más van avanzando en la develación del misterio al realizar dos personalidades por la entrega incesante. Consecuentemente, si es plena, tiene que ser para toda la vida; no queda el más pequeño instante para no experimentar el hacerse de la propia personalidad como fruto de esta continua donación; y si esta donación se interrumpe, se interrumpe también la misma esencia personal de la pareja.

Consecuentemente, si la donación es para toda la vida, no queda ningún tiempo para realizar esta clase de donación a otra persona ajena a la pareja. El divorcio es un absurdo destructor de la personalidad. Y consecuentemente también, no queda nada de una persona fuera de su donación a la otra persona de la pareja, que pueda reservarse para otra donación similar a un tercero. La esencia dinámica de la pareja exige en sí misma la constitución de exclusividad del par.

## 3. *Amor fecundo*

La persona no es el alma o el cuerpo. Se admite distinción pero

de un lado ha servido para representar las relaciones entre Dios y su pueblo, y por otro, queda ahora enriquecida pues su naturaleza es ser imagen de las relaciones históricas que Dios ha tenido con su pueblo. Se nos presenta en la plenitud de la historia de la salvación otra vertiente todavía más rica para comprender la familia: es la Encarnación del Hijo de Dios.

Los Santos Padres han comprendido la Encarnación del Verbo como las bodas de Dios con la humanidad. Dos naturalezas que se unen en una sola persona. La naturaleza divina, sin sufrir mengua ni menoscabo, la naturaleza humana llegando por la naturaleza divina a la mayor perfección y plenitud; no absorbe, no aniquilada, no consumida por la proximidad divina, sino brillando en toda su plenitud. Esta será ahora la nueva imagen de Dios-Amor en el matrimonio. En adelante, las bodas de Dios con el hombre, Cristo, será la alianza de la familia. Y la imagen de Dios-Amor en la familia, será el mismo Cristo. El "sí" de María en la Anunciación abre la total donación del hombre a Dios y se realiza la Encarnación. Ese "sí" tendrá luego eco en el "sí" conyugal que abrirá la única puerta para que la pareja realice la imagen de Dios-Amor.

#### 4. *Amor de cruz y de resurrección*

Esta vida concreta es Cristo que se entrega totalmente por la Iglesia, y la Iglesia que reacciona en una entrega recíproca también total. Esta entrega es la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor. El hecho pascual. La total donación trinitaria se calca en su entrega por nosotros hasta la muerte de Cristo como hombre. En la entrega de todo, de su vida. Y precisamente, al tenor trinitario, Cristo encuentra su identidad máxima como hombre; recibe la glorificación máxima de parte del Padre: "un nombre que está sobre todo nombre"; su resurrección que lo manifiesta como primogénito del Padre y Señor del Universo. La entrega no fue algo sentimental meramente, sino rudo y áspero al máximo: fue obediente hasta la muerte (Fil 1, 5-11). Escuchó la palabra salvífica y la realiza hasta la muerte. Así es constituido Señor de cielos y tierra. Señor de los que dominan (Ap 1, 5).

Esta es ahora la imagen del amor de Dios que es lo más hondo de la familia: el hombre y la mujer tienen que recorrer un camino muy difícil, tienen que prescindir de todo egoísmo, y en la rudeza y aspereza de la vida, entregarse en totalidad. Esta rudeza y esta aspereza serán tantas veces las situaciones ordinarias de la vida familiar así como las extraordinarias. Serán las relaciones intrafamiliares de la integración de la propia comunidad familiar, del servicio a la vida en la fecundidad especialmente, y en la educación de la prole; y también las relaciones extrafamiliares. Se presentarán muchas ocasiones en las que simplemente aparecerá imposible seguir adelante, y humanamente lo será: problemas que han quebrantado la comunidad familiar, la mutua infidelidad, la

desconfianza, los insultos, las exasperaciones, las incomprendiones, el silencio agresivo, el mutuo aburrimiento, desgano e indiferencia, etc. Pero entonces viene la realización matrimonial y familiar como perdón, reconciliación, tolerancia, vida nueva; y esto es sólo posible tomando en serio la "Omnipotencia familiar", no sólo como nombre o lugar común "religioso", sino como realidad en lo profundo del matrimonio. No es la familia sólo una imagen externa de Dios, una especie de metáfora divina, sino que tiene a Dios en sí, es Dios que habla del amor omnipotente siéndolo así en lo más interior de la familia.

## II. Amor Familiar e Iglesia.

Esto sólo es posible cuando Dios se vierte en la Familia, y se vierte sobre la familia cuando pronuncia en ella su palabra de Amor. La familia necesita escuchar esta palabra creadora. Y aquí el escuchar es "ser". Es adherirse a Cristo paschal, dentro de la misma familia. Para este oír, escuchar, comprender, abrazar la Palabra en toda solidez existencial, se requiere indispensablemente el amor; y no un amor cualquiera, sino de la talla de Dios. Este amor de la talla de Dios no es otro que el Espíritu Santo. Sólo con el amor del Espíritu Santo se puede captar a Cristo como suprema donación del Padre a la pareja y saborear la triple y personal dimensión trinitaria del amor familiar. Así se calibra la familia como amor del Padre, que se nos entrega en su Hijo Jesús por la donación del Espíritu Santo. Y esta maravilla se llama el Sacramento del Matrimonio. Es a través del "sí" de los cónyuges, amalgamado al "sí" de María en la Anunciación, que el misterio del Amor se devela y Dios hace en el hombre la fiesta de su imagen en el amor fecundo humano.

El encuentro entre este "sí" de los cónyuges y el "sí" de total donación de Dios en Cristo se lleva a cabo cuando el Padre pronuncia a su Hijo en el amor del Espíritu en los cónyuges, y da el sentido de amor y felicidad plena a la familia; esto es, cuando decreta desde toda la eternidad salvar a la familia en su Hijo Jesucristo, y en la plenitud de los tiempos llega a cada familia por la acción del Espíritu. Así llama el Padre a la familia en su Hijo y le hace escuchar esta llamada por el Espíritu Santo. Y esta llamada es el origen de los llamados así como lo que congrega. Es el *ekkaléin* de Dios y la *ekklesía* de los hombres llamados por Dios. Es lo fundante de la Iglesia. Así aparece la familia como la diversidad humana congregada en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es por esto que la familia es constituida como la célula de la Iglesia, y con propiedad, como la pequeña Iglesia.

### 1. Apostolicidad familiar

Para que esta admirable realidad de la verdad familiar llegue desde Cristo, desde su plenitud en Cristo, al tiempo variado de esta familia

concreta, ya mencionábamos que se necesita la acción del Espíritu Santo. El misterio cristiano se funda en un trípode esencial: la vida, pasión y muerte del Señor Jesús; su gloriosa resurrección; y el envío del Espíritu Santo. Sin Espíritu Santo no hay Iglesia. Es el límite sin límites de la divinidad, donde se realiza el encuentro del Padre y del Hijo con la creatura y se produce la divinización del hombre.

Y el Espíritu sólo llega al hombre cuando el Padre y el Hijo lo envían y de la manera como lo envían exclusivamente. Esta manera concreta se funda en que el Espíritu procede del Padre y del Hijo y sólo en virtud de esta procesión pasiva es que pueden enviarlo. La manera como el Padre y el Hijo han querido enviarlo es así: El Señor ha seleccionado hombres a quienes ha enviado a su vez para que lleven al Padre a los demás enseñándoles al Hijo Jesucristo y siendo el conducto del Espíritu para que comprendiendo al Señor Jesús, los hombres se unan entre sí al unirse con El y con el Padre. Esta selección y envío *apostélein*, es el fundamento del apostolado. Es lo que constituye el apacentar el rebaño del Señor, ser pastor. Es lo más profundo de lo que se puede llamar "pastoral", esto es, lo relativo al pastor.

Siendo Jesucristo en el Espíritu Santo el apóstol primero, el enviado por el Padre, el único pastor por sí mismo, ha querido enviar para que desarrollen su propia misión hasta el fin del mundo a 12 apóstoles, amalgamados en torno a Pedro. Ellos forman el núcleo de este apostolado derivado de Cristo y la razón de ser de la pastoral, desde ellos se seguirá convocando la Iglesia.

Pero ellos no se entienden sólo como personas físicas, sino como una persona moral. Habrá sucesores, y son los obispos con el Papa, quienes como sucesores en esta plenitud apostólica, son los que ahora convocan la Iglesia como instrumentos del Padre, a través de los cuales se conoce al Señor Jesús y se vive en el Espíritu Santo. Así quiso Jesús a su Iglesia: apostólicamente constituida. Ahora, apostólicamente, sólo a través del Papa y los obispos se escuchará primariamente para la familia, la voz de Dios que la funda.

## 2. *Apostolicidad sacramental familiar*

Consecuentemente, la realidad misteriosamente profunda de la familia no puede existir fuera de este canal apostólico-episcopal y pontificio.

Es así que el ministerio episcopal tiene que ser la fuente del amor familiar. Por supuesto que no la fuente principal, sino derivada. En la teología católica se sabe perfectamente que los cónyuges son los que confeccionan el sacramento, y que el apóstol, obispo, o su colaborador, el sacerdote, son sólo testigos calificados; sin embargo, en la Iglesia, ser testigo no es algo ajeno a la vida, se es testigo desde la propia conducta, se es testigo en el testimonio. Ser testigo en el matrimonio no es meramente

dar fe desde afuera, sino es ser testigo del amor divino de la pareja llevando en sí mismo este amor. Ser en esta forma modelo del amor familiar. Es cierto que en la Iglesia latina el sacerdote debe permanecer célibe, pero precisamente su celibato debe ser la mayor expresión del amor total de donación, de la donación de Dios en Cristo.

Desde esta perspectiva, y lleno del amor del Espíritu Santo a Cristo el Señor, es como el obispo enseña lo que es la familia. Tiene una experiencia sobreabundante de este amor cristiano, esencia de la familia, y por eso habla. Y su palabra tiene que ser Cristo, el Cristo familiar. La fuente de este pronunciar es la acción en la que el obispo hace presente la muerte y resurrección de Cristo, la Santa Misa. Allí el obispo convoca a la familia para que sea Iglesia. Allí la familia, por la fuerza del Espíritu Santo, se identifica con Cristo muerto y resucitado y se hace Iglesia. Desde allí el obispo pronuncia la vocación familiar. Pronuncia un "sí" a la actuación divina que envuelve el "sí" de la pareja y lo proyecta en la apertura total del amor cristiano familiar en el "sí" de Cristo muerto y resucitado.

Como un desglose de esta plenitud eucarística el "sí" de apertura a Dios que significa el Bautismo para los individuos y la comunidad, llega al "sí" del sacramento del matrimonio: un "sí" de pareja, que hace que Cristo sea un Cristo de pareja, un Cristo "Alianza de la familia". Este "sí" de la pareja se renueva tantas veces cuando se va desgastando en la vida por tantas vicisitudes, rutina, culpas, infidelidades, desamor, de que hablábamos. Y esta renovación es el sacramento de la Reconciliación que para los cónyuges reviste siempre el reconciliarse con Cristo, el Cristo de la pareja. Exige reafirmar en sí mismo a Cristo, alianza familiar. Todo procede a través de un instrumento peculiar personal, el obispo. Es su acción. Es su vida. Es por ello que no es un absurdo decir que el obispo sí es un experto en familia, en familia cristiana.

### 3. *Apostolicidad magisterial familiar*

Sin embargo, esto no quiere decir que las familias cristianas se queden mudas y sean sólo recipientes de la acción episcopal. Una vez recibida la realidad eclesial en la propia familia desde el obispo, ésta se desarrolla en cada familia diferentemente; es consecuencia de haber recibido algo infinitamente grande, que nunca podrá agotarse. Habrá formas cada vez más distintas, de acuerdo a las cuales vivirá y será cada familia. El obispo no las conoce. Es necesario que ahora la familia regrese al obispo y le enseñe. El obispo también debe ser enseñado por la familia. En el seno trinitario, el Padre se pronuncia de una vez por todas en la maravilla infinita de su Hijo, y Este regresa también en plenitud en un solo acto al Padre, en el amor del Espíritu. En el proceso similar de la Iglesia la diferencia estriba en que lo infinito no opera: la buena nueva de la familia es pronunciada por el obispo, es verdad, pero no de una

sola vez, sino dentro de formas difíciles y repetidas que siempre avanzan y nunca terminan; la familia también regresa al obispo, pero también no de una sola vez, sino dentro de un proceso continuo e incesante.

Ambos movimientos acerca de la buena nueva sobre la familia, se realizan en el amor del Espíritu Santo, y es desde este amor como se da la posibilidad de incremento en la comprensión vital del misterio de la familia. Y el Espíritu Santo, como Amor de Cristo, hace transparente a Cristo en el mismo seno de la familia como su propia Alianza. Lo hace de una forma distinta en la familia y en el obispo. En ambos renueva, amplía y unifica la imagen de Dios-Amor, que es la pareja; pero al obispo le otorga el don de discernimiento; esto es, el obispo, al engendrar, desde la confección de la Eucaristía, el amor familiar, ve cuáles sean las diversas versiones de Dios-Amor que presenta la familia en las distintas épocas de la historia y de la historia particular de cada familia; ve cómo la familia ha tratado de responder a los problemas que se le han presentado, y desde el Espíritu Santo, con una acción peculiar de El que lo ilumina para descubrir a Cristo en las circunstancias concretas de la vida o signos de los tiempos, mira cuidadosamente y distingue qué sea imagen auténtica de Cristo y qué no. En otras palabras, ve cuál es el sentir de los fieles, auténtico, dentro de la opinión incluso mayoritaria de los mismos, y lo discierne para determinar cuál deba ser la fe de la Iglesia. Es así como en la Iglesia, incluso en cuestión familiar, el auténtico sentido de los fieles no es cuestión de mayorías sino de iluminación del Espíritu. Este es el carisma de enseñar del Magisterio en la Iglesia: el obispo recibe el depósito de la fe, lo proclama y lo lanza desde la Eucaristía, lo hace germinar, crece en las familias, y lo discierne continuamente.

#### 4. *Apostolicidad de comunión familiar*

Y el Espíritu puso a los obispos a apacentar el rebaño del Señor (Hch 20, 28); a apacentar, que va a significar también, como ya habíamos insinuado, a unir las familias con el Señor para que sean cada vez más plenamente imagen de Dios-Amor. Esto conlleva el crecimiento cada vez mayor de la personalidad de cada uno de la familia. La unidad consistirá en que por el Espíritu Santo, cada quien con su propio esfuerzo también, desarrollará al máximo su propia capacidad y será cada vez más "él" o "élla" misma; y esto en todos los ramos de la vida humana. Desde este desarrollo y en su proceso, cada quien irá dando generosa y totalmente lo que es, a los demás miembros de la familia; y en este incesante intercambio es como la familia crecerá y se perfeccionará cada vez más; este proceso estará organizado de acuerdo a las diversas funciones que se ejerzan en la familia, será una verdadera participación familiar que funde la comunión; tendrá su centro de comunión en la pareja, de allí se distribuirá a los hijos, rebasará la familia nuclear hacia la gran familia, enlazará a las familias entre sí y forjará la comunión y participación, ideal de la

vida social, tanto en el plano misterioso de la Iglesia, como en el plano de la sociedad civil.

En el plano eclesial, esta comunión que se ensancha, se realiza en la gran familia que constituye la pequeña comunidad, la parroquia, la diócesis, la Iglesia Universal. Así, la diócesis, Iglesia particular, es como una gran familia donde por el Espíritu Santo, el centro de comunión y participación es el obispo. La Iglesia universal tiene también, como familia de los hijos de Dios, su centro visible de comunión y participación, puesto por el centro invisible, el Espíritu Santo: el Colegio episcopal en comunión plena con el Papa, centro familiar a su vez de la unidad y firmeza de este Colegio. De allí su nombre.

### III. Catolicidad y Especificidad Cristiana Familiar.

Cuando se habla de la Iglesia católica y se le quiere distinguir de otras agrupaciones religiosas no fundadas por Cristo, demostrando la verdad de la Iglesia católica se suele recurrir a lo que se ha llamado las "notas" de la Iglesia; entre ellas descuella una: la apostolicidad, de la que hemos venido hablando hasta aquí; y se dice, la Iglesia católica es la única verdadera porque es la única apostólica; esto es, porque sólo a través del Papa y los obispos en comunión con él, resuena en toda su intensidad la voz del Padre, Cristo pascual, que por el Espíritu Santo se hace audible a todos los hombres y los salva.

Consecuentemente, si queremos hablar de la especificidad católica, tenemos que referirnos a la apostolicidad. Si queremos hablar de la especificidad de una familia cristiana, necesariamente tenemos que referirnos a su apostolicidad. Fuera de la apostolicidad no se dará la familia católica.

Al tenor de todo lo dicho anteriormente, es patente que no se trata sólo de una prueba apologética, o de una penosa condición para poder obtener el premio de la salvación eterna; sino que se trata del único camino a través del cual los cónyuges pueden adentrarse plenamente en el misterio de su personalidad.

En esta forma la familia misma se torna apostólica, es fruto vivo del amor de Dios y puede, como pareja, ser a su vez apóstol, "pastor", con relación a otras familias, y ser en esta apostolicidad que identifica con Cristo por el amor del Espíritu, el camino por donde ahora transita el misterio y se abre en plenitud a todas las parejas del mundo.

De esta manera, la familia es la pequeña Iglesia. Cuando los gnósticos en los siglos II y III decían ser la verdadera Iglesia, o lo que es lo mismo, tener la verdadera palabra de Dios, San Irineo, Tertuliano y otros les decían: "Hagan patentes los orígenes de sus iglesias, desarrollen el orden decurrente de sus obispos desde un principio, para ver si como primer

obispo tuvieron o no a alguno de los apóstoles, o a algún varón apostólico en comunión con los apóstoles" (Tertuliano, *De Praescriptione Haereticorum*, ML 2, 44; Pr 24; San Irineo, *Adversus Haereses*, MG 7, 848; H 2, 8). Para que sea una realidad el que la familia sea una pequeña Iglesia, hay que decirle también: desarrolla tu árbol genealógico y ve cuál es tu origen, ve si es auténtica la copia del amor de Dios que dices ostentar; si en tus orígenes está el obispo en comunión con el Colegio episcopal y con el Papa, si eres una pequeña Iglesia; si no, has errado el camino.

### Conclusión.

Hemos así tratado de balbucear algo sobre la profundidad deslumbrante del matrimonio y de la familia católica y de cómo se relaciona esta profundidad con la Iglesia, con el pastor en la Iglesia.

Se ha hablado mucho en este siglo, especialmente en su segunda mitad, sobre la personalidad del laico en la Iglesia, y de esa personalidad familiar que es verdaderamente maravillosa. Se ha hablado también de que ha llegado a la mayoría de edad en la Iglesia y que tiene que apartarse del paternalismo jerárquico; y esto es muy justo. Pero lo que no sería de ninguna manera justo fuese apartar al laico, al miembro del Pueblo de Dios, de Dios su Padre, de la verdadera paternidad divina en el respeto máximo de la plena entrega y recepción en Cristo y el Espíritu. Y sería injusto apartarlo en su historicidad concreta familiar, de la manera práctica cómo Dios Padre no se queda sólo en una entelequia lejana, sino que se hace un hoy concreto. Este hoy concreto es la apostolicidad. La apostolicidad en el obispo en comunión con el Colegio episcopal con relación a la familia, es la garantía de una verdadera paternidad contra una degeneración paternalista.

Así se re-crea, se vuelve a crear la personalidad de los cónyuges y de toda la familia, ya que es una paternidad donde el respeto a la identidad de cada quien llega tan alto, que exige la total donación y en todos los niveles.

México, D. F., 26 de julio de 1984.